

PIO IX.
HISTORIA DOCUMENTADA DE SU VIDA
Y DE LOS VEINTE Y CINCO PRIMEROS AÑOS DE SU GLORIOSO PONTIFICADO,

con un razonado juicio de los acontecimientos religiosos, políticos y sociales
de la época,

RELACIONADOS CON EL CATOLICISMO,
Y UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS TRES SITUACIONES DEL MUNDO,
CORRESPONDIENTES AL NACIMIENTO DE ESTE GRAN PONTÍFICE, Á SU ELEVACION Á LA SEDE
ROMANA
Y Á LA INVASION DE LA CAPITAL DE LA CRISTIANDAD.

OBRA ESCRITA

POR LOS REVERENDOS

D. EDUARDO MARÍA VILARRASA,

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion de Nuestra Señora
en Barcelona,

Y

D. EMILIO MORENO CEBADA,

doctor en sagrada Teología:

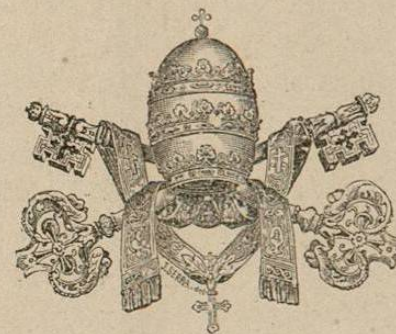
AMBOS EXAMINADORES SINODALES DE VARIAS DIÓCESIS, Y AUTORES DE ALGUNAS OBRAS
RELIGIOSAS Y CIENTÍFICAS.

ESPLÉNDIDA EDICION

ILUSTRADA CON PRECIOSAS LÁMINAS GRABADAS SOBRE BOJ

REPRESENTANDO LOS ASUNTOS TRATADOS EN LA OBRA.

TOMO PRIMERO.



BARCELONA:

IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA

DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

CALLE DE ROBADOR, N.º 24 Y 25.

1871.

BX1373

V5

ES PROPIEDAD.

PRÓLOGO.

CUANDO la gran herejía del siglo XIX, el panteísmo revestido de diversas formas, hacia los mayores esfuerzos por infiltrar su mortífero veneno en toda la familia humana; cuando á toda costa se procuraba acreditar teorías mas ó menos degradantes, utopías que no obstante estar reprobadas hasta por el mismo buen sentido eran reputadas como única solución de las grandes cuestiones sociales y políticas que de muchos años á esta parte vienen siendo objeto de acaloradas discusiones; cuando ya empezaba á dar señales de vida la Asociación que despues se dió á conocer con el título de *Jóven Italia*, y el horizonte político de la Europa aparecia preñado de negras nubes que amenazaban furiosas tempestades, huracanes terribles destinados á arrastrar reyes, ejércitos, príncipes y naciones, Dios llamó á sí al venerable pontífice Gregorio XVI de santa memoria despues de un reinado de mas de catorce años, dejando un grato recuerdo de su sabiduría, de su prudencia, de su bondad y de la serenidad de su alma, en medio de los graves conflictos que hubo de experimentar.

Acercábanse para la Iglesia tiempos verdaderamente calamitosos. La hija del cielo, la Esposa del immaculado Cordero que siempre ha sacado nuevo vigor de las luchas y las contradicciones, que saliendo coronada de gloria de la oscuridad de las calacumbas, vió caer á sus piés al griego y al romano, al filósofo y al ignorante, y que por espacio de diez y ocho siglos ha triunfado de todas las conjuraciones suscitadas para disputarle su imperio, iba á verse combatida por nuevas y terribles persecuciones. La barquilla sentía bramar sobre de sí nuevas tempestades, pero sin temor de sucumbir, pues su garantía está en la palabra de su Fundador divino. Aquel que es el *camino, la verdad y la vida*, anunció las tribulaciones por que habia de pasar la Iglesia que, segun la brillante expresion del gran Obispo de Hipona, salió de su divino costado. *Como yo fui enviado por mi Padre, dijo á sus Apóstoles, así yo os en-*

009262

vio. Es necesario que el Cristo *sufra* y que muera antes de entrar en su gloria: y vosotros también sufriréis aflicciones en el mundo: mas tened confianza, porque he vencido al mundo. Una mano diestra debia colocarse sobre el timon de la barca, y la Providencia colocó en la silla de Pedro, que Gregorio XVI dejó vacante, al inmortal Pio IX, figura la mas admirable y majestuosa del siglo XIX, cuyos hechos se hallan intimamente enlazados con los grandes acontecimientos de la historia moderna. Cualquiera de las brillantes páginas de la historia de su pontificado bastaria para hacerle acreedor al título de *Magno* y á la eterna gratitud y entusiasta admiracion de la gran familia católica. ¿No ha de ser *Grande* el Pontífice que ha colocado la perla de mas valor en la preciosa diadema de prerogativas de la Madre de Dios, declarando dogma de fe el misterio de su Concepcion en gracia, llenando de júbilo á la Iglesia universal? ¿No lo ha de ser el que ha reunido el Concilio ecuménico del Vaticano en tiempos tan difíciles, augusta asamblea que ha proclamado la infalibilidad doctrinal del Jefe supremo de la Iglesia? ¿No lo ha de ser el que durante su largo pontificado ha sufrido con frente serena las mayores tribulaciones, y ha condenado con santa energía los grandes errores de la época, publicando á despecho de los poderes de la tierra su famoso *Syllabus* y la bula *Quanta cura*, de que va precedido?

En los dias en que estas líneas escribimos se realiza un acontecimiento, único en la historia de la Iglesia, que puede ser considerado como un testimonio de predileccion especial del cielo hácia el ilustre Pontífice que la dirige. Pio IX ha entrado en el vigésimosexto año de su pontificado, privilegio que no ha sido concedido, despues del Príncipe de los Apóstoles, á ninguno de sus sucesores. La capital del mundo cristiano, que por espacio de veinte años ha celebrado con suntuosas fiestas y brillantes iluminaciones el aniversario de la entrada triunfal de su Soberano, despues del destierro de Gaeta y de su salvacion milagrosa en el hundimiento de la Iglesia de Santa Inés, hace un año venia preparándose para tributarle el mas entusiasta homenaje de amor y de veneracion el 16 de junio del presente (1871), dia para siempre memorable en el que cumple la cuarta parte de un siglo de ocupar la silla de san Pedro. ¡Mas ay! en ocasion tan solemne, Roma llora la cautividad de su amantísimo Padre y Señor. Un rey, que se titula católico, ha invadido con el derecho de la fuerza, que se ha sobrepuesto al derecho de la justicia la metrópoli del Cristianismo, y ahora, en vez de aquellos piadosos peregrinos de todas las naciones del mundo, que atravesaban sus calles para dirigirse á las basílicas y buscar en brazos de la Religion la paz y la tranquilidad del alma, solo se ve una soldadesca desenfrenada semejante á aquella que cayó en el huerto de Getsemaní para aprisionar al Salvador divino, emisarios de Satanás que profieren las mas horribles blasfemias, y multitud de mujeres sin pudor y sin vergüenza que han acudido de diversos puntos á ejercer el mas inmundo tráfico allí donde era el reinado de las virtudes. Roma ve con espanto abrirse capillas protestantes en gran número frente á frente de la morada de Jesucristo, al que el Gobierno subalpino ni ha dejado almohada donde reclinar su cabeza. Como en otro tiempo Jeremías lloraba sobre Jerusalem, Pio IX llora hoy sobre su Roma amada,

pero sin perder ni un solo momento la tranquilidad del justo. En sus oídos resuenan de continuo las citadas palabras del Salvador: *Tened confianza porque he vencido al mundo.*

Las tropas piemontesas no han caído solo sobre Roma; han caído sobre todo el mundo cristiano, porque la ciudad santa nos pertenece en cierta manera á todos los católicos que en ella tenemos á nuestro Padre. Por esto Roma no puede ser de Italia, ni de Francia, ni de España, ni de ninguna otra nacion: Roma es la capital del reino de Jesucristo sobre la tierra. La Providencia en sus altos juicios dispuso que la que fue un dia señora del mundo y corte del mas poderoso imperio, fuese despues el centro del Catolicismo, la residencia del Jefe supremo de la Iglesia, donde sin dependencia de ningun poder temporal pudiese libremente comunicarse con los fieles esparcidos por el universo.

Empero es necesario *tener ojos y no ver*, como sucedia á los hijos de la ciudad deicida, para no advertir la proteccion divina dispensada al Pontificado católico. La revolucion, que ha hecho astillas tronos respetables, que ha deshecho imperios que se creian muy seguros, que ha hundido en el polvo antiquísimas dinastías, ha concluido por arrancar de la mano del Sumo Pontífice su cetro temporal. Pero ¿quién no fija la atencion en la diferencia que existe entre el Papa-Rey y los demás monarcas de la tierra? Cae de su trono el soberano mas amado, y busca en el momento un asilo en extranjero suelo donde poder llorar su desgracia: los mismos que le debieran su elevacion, honores y riquezas, le abandonan; los que le habian jurado fidelidad caen en la traicion, y *acercándose al sol saliente*, hacen nuevos juramentos que quebrantarán con la facilidad que el primero. ¿Quién se acuerda de los beneficios que el rey caído dispensó á sus pueblos? ¿Quién se compadece de la majestad en desgracia? En diversos Estados de Italia, en España, y mas recientemente en esa desgraciada Francia, que hace pocos años admiraba al mundo con su Exposicion universal, y que hoy ha llegado al mayor grado de abatimiento á que puede llegar un pueblo, se han presenciado escenas de verdadero vandalismo á la caída de sus últimos monarcas, y al menos desgraciado de ellos le han quedado media docena de súbditos fieles que se resignen á comer en su compañía el pan amargo del ostracismo.

No así ha sucedido al venerable anciano que ciñe sus sienes con triple diadema: en el momento en que sus Estados son invadidos, resuena un grito de indignacion que se va repitiendo á medida que el hecho es conocido en todas las partes del mundo. Amargas protestas se cubren de millares de firmas: fórmanse asociaciones católicas en todos los reinos: la fe se anima, y numerosas comisiones acuden al Vaticano para rendir homenajes al Vicario de Jesucristo, ofreciéndole cuantiosos donativos para el socorro de sus grandes necesidades. El Papa no ha abandonado la capital de sus Estados: allí permanece al lado de los sepulcros de los santos Apóstoles, y su corazón paternal se llena de consuelo al recibir tantos y tan continuos homenajes.

¡Qué pontificado tan glorioso! De todas partes acuden los católicos á presentar ofrendas al magnánimo sucesor de Pedro, al anciano sacerdote que ocupa aquella

cátedra de la cual irradió para la sociedad humana la luz de la verdadera civilización, cátedra tanto mas elevada cuanto es mas combatida, manifestándose, á despecho de los poderes que han maniatado el Catolicismo despojando al Jefe supremo de la Iglesia de su dominio temporal, que por espacio de muchos siglos ha sido mirado como garantía de su independencia, un regocijo extraordinario por la prodigiosa duración de su reinado.

Nosotros, humildes sacerdotes, imposibilitados de hacer ricos presentes, pues no poseemos otro caudal que nuestra pluma, bien que dedicada siempre á la defensa de la verdad, hemos querido tomar parte en el universal concierto, ofreciendo á nuestro amado Padre el homenaje de nuestros escasos conocimientos, no levantando un monumento científico y literario, que de tanto no somos capaces, sino consignando los grandes hechos de su vida, formando juicio de los acontecimientos religiosos, políticos y sociales de la época relacionados con el Catolicismo. La historia del Pontificado no registra una época mas calamitosa que la actual. La demagogia, que odia todo principio de autoridad, ha convergido al Pontificado todas sus satánicas iras, porque le conviene destruir el centro de la autoridad, y por esto ha suscitado esas terribles tempestades que despues de agitar tantos pueblos, de ser causa de tanta sangre vertida, de tantas injustas é impías revoluciones, de la caída de tantos tronos, de guerras las mas desastrosas, ha acabado por romper el cetro temporal del romano Pontífice, llevando la anarquía á Roma, iniquidad que Dios en sus altos juicios ha permitido, para que, consiguiendo su Iglesia santa un nuevo triunfo, el mundo tenga una nueva manifestación de la verdad que envuelven las palabras del Salvador que forman la garantía de nuestra esperanza: *Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.*

Y ¿cómo habrían de prevalecer?

El Verbo, que todo lo hizo con peso y medida, constituyó la nave pontificia á propósito para surcar los mares procelosos de los siglos. La historia ha confirmado en ella la sabiduría del Hacedor.

El impetuoso viento de las encontradas doctrinas y las corrientes de las pasiones no han podido hundirla. La esperanza divina es para aquella nave áncora que jamás se quiebra, y la cruz del Redentor le sirve de árbol santo en cuyo leño el huracán se rasga, y las furias, venidas para estrellarse, á su contacto se transforman en alas que al puerto velozmente la conducen.

Cuando Pedro hubo de subir á la cruz, patíbulo de JESUCRISTO, la incredulidad pagana exclamó: «Se hundió la silla de los cristianos, la fe del Galileo ha perecido;» mas hé ahí que de aquel mar de sangre surge rejuvenecida la barca pontificia, y Pedro se llama Lino.

La bandera católica ondea sobre el asta sacrosanta, regada con la sangre del Maestro divino y de su primer representante en la tierra; á su sombra aumenta el número de los creyentes; bajo el pontificado de Lino empiezan á cumplirse los tristes vaticinios hechos sobre Jerusalem. El judaismo recibe la pena de su deicidio, y el Cristianismo experimenta con mas elocuencia la exactitud de la palabra de JE-

sús, viendo conservada la piedra fundamental á pesar de los infernales impulsos.

Lino sufre á la vez el martirio; pero no importa: sobre el sepulcro de Lino reaparece la cátedra de Pedro; Pedro se perpetua, llámase Anacleto.

La tiranía de Neron se transmite á Domiciano; Anacleto cae bajo su cuchilla; sin embargo, la institución permanece.

Pedro permanece el mismo, solo su nombre ha cambiado; se llamó Lino, se llamó Anacleto, ahora se llama Clemente.

La persecución no cesa; el Pontificado no encuentra la paz del mundo, pero ¿qué le importa aquella paz? seguro de la inmortalidad, sabe que el martirio de los Pontífices es el mas glorioso argumento de la divinidad de su misión.

Clemente es víctima de los furores de Trajano.

La silla pontificia no crujió bajo los terribles golpes de la tiranía gentil; la Iglesia conservó aquella silla y adquirió un nuevo sepulcro.

Pedro se llamó Evaristo.

El nuevo Papa sabia que, al empuñar las llaves de la Iglesia, firmaba contra él un decreto de persecución atroz y de martirio cruel. El decreto se ejecutó.

Pedro cambió otra vez de nombre, llamóse Alejandro.

Adriano le inmoló en el altar del sacrificio sobre cuyas aras morían cuantos en la silla pontificia se sentaban.

Pedro se llamó Sixto; Sixto, como Pedro, selló la cátedra de la verdad con la sangre de sus venas. La iglesia tuvo en él un nuevo mártir.

La cátedra apostólica no se hundió; su gloria era mas esplendorosa á medida que iba creciendo el número de los que la glorificaban con su muerte.

Pedro se llamó Telesforo.

El nuevo Papa fue víctima del furor de Antonino el Pio, y Pedro se llamó Higinio.

Higinio sufrió y triunfó; él salvó la integridad doctrinal del Catolicismo contra las semillas de la herejía marcionita. Su muerte glorificó la cátedra pontificia.

Pedro se llamó Pio. Dos vientos combatieron la nave de Pio I; la herejía de Valentin por una parte, el fanatismo gentil por otra; pero el Espíritu Santo aconsejó al nuevo timonero, y la doctrina católica fue salvada. La cátedra pontificia obtuvo un doble resplendor con aquella doble persecución.

Pedro se llamó Aniceto.

El nuevo Pontífice hubo de luchar contra las preocupaciones de Basilides y los errores filosófico-teológicos de Carpócrates, al paso que contra los furores paganos. La Iglesia le rinde las consideraciones debidas á los mártires.

Pedro se llamó Sotero.

Este insigne sucesor del Príncipe de los Apóstoles tuvo que combatir el montanismo, que orientó bajo de su pontificado, y los errores de Taciano y Bardesano. Fiel á su magisterio, conservó la integridad de la enseñanza religiosa, y selló las brillantes páginas de su vida derramando su sangre por la Iglesia. Marco Aurelio le sacrificó.

Pedro se llamó Eleuterio.

Florino y Blaste combatieron con la herejía la nave que él gobernaba, y después de haber dejado incólume la santa verdad, murió bajo la tiranía del emperador Cómodo.

La esbelta palmera del Pontificado católico retoñó de nuevo al caer al sepulcro Eleuterio.

Pedro se llamó Víctor.

Los ebionitas agitaron los espíritus creyentes planteando delicadas y trascendentes cuestiones referentes á la divina persona de JESUCRISTO. Víctor sostuvo la doctrina de la dignidad cristiana. El invicto confesor descendió como sus antecesores coronado con el laurel del martirio.

Pedro se llamó Ceferino.

Su nombre ha pasado á la historia orleado de este concepto: «Hizo triunfar la verdadera fe sobre las herejías que en su tiempo aparecieron.» Si su ánimo se sentía afligido por la persecución inexorable del emperador Severo, no traspasaba menos agudamente su corazón la audacia de herejes como Praxeas, y otros que perturbando la unidad de confesión, bello ideal de la naciente cristiandad, creaban dificultades serias al desarrollo de la Iglesia.

La nave pontificia fue combatida en su tiempo, pero al descender al sepulcro la dejó intacta.

Pedro se llamó Calixto; el celo apostólico del nuevo Papa fue coronado por el martirio.

Pedro se llamó Urbano, que también fue mártir; y luego se llamó Ponciano, que sufrió la más ríea persecución y la más dolorosa muerte por orden del emperador Maximino; y luego se llamó Antero, quien no subió á la cátedra pontificia sino para derramar la sangre; y se llamó entonces Fabiano, que vió combatida la nave de la Iglesia por Privato, pero contra cuya herejía hizo triunfar la verdad evangélica; y fue víctima de las iras del emperador Decio.

Pedro se llamó después Cornelio; las tempestades crecieron en su tiempo, pero su ánimo sereno supo desafiarlas; la unidad de la fe se salvó á costa de grandes sacrificios y de heroicas virtudes. Cornelio sucumbió bajo la persecución de Gallus.

Pedro se llamó Lucio. Subió á la silla apostólica, y las olas de la persecución le arrojaron de Roma; pero Dios, que ha organizado el flujo y reflujo de los mares, le devolvió á Roma en alas de su excelsa Providencia, aunque no fue sino para seguir inmediatamente á sus antecesores en el martirio.

Pedro se llamó Estéban, y el Pontificado católico hubo de resistir en sus días persecuciones violentas y oposiciones audaces. La silla no sucumbió, á pesar de ser gravísimos los riesgos que hubo de atravesar. Lucio fue mártir á la orden de Valeriano.

Pedro se llamó Sixto II; san Cipriano llamó á Sixto II *amante de la paz y eminente en todas las virtudes*; la cuchilla de Valeriano, humedecida todavía con la san-

gre de Estéban, le dió el martirio; descendió al sepulcro apenas trascurrido un año desde que subió á la cátedra.

Pedro se llamó Dionisio.

Este Papa vió levantarse formidables y altivas las herejías de Sabelio y Pablo de Samosata, contra las que lanzó el anatema de su autoridad y el inmenso peso de la doctrina católica; al descender al sepulcro, la silla pontificia contó como á otra de sus glorias el haber sido ocupada por las virtudes de Dionisio.

Pedro se llamó Félix. En su tiempo la cátedra romana tuvo que ser la Providencia de muchas cristiandades perseguidas por Aureliano. Aquel celoso Papa, mientras derramaba el bálsamo de la caridad en las heridas abiertas en sus hijos por la tiranía pagana, había de combatir las pasiones y doctrinas de las herejías de Sabelio. Dos vientos combatían la nave; pero no alcanzaron hundirla, á pesar de que el diestro piloto pereció en la borrasca bajo las órdenes de su imperio.

Pedro se llamó Eutiquiano. La doctrina católica vió surgir la altiva herejía de Manes, origen de tantas perturbaciones en las escuelas; este Papa la combatió en su origen. La Iglesia era rica en mártires. Eutiquiano sepulto por sus propias manos *trescientos cuarenta y dos*. El emperador Numeriano acabó con su vida, pero no con la existencia de la cátedra apostólica.

Pedro se llamó Cayo. Apenas elevado al principado glorioso de la Iglesia, Diocleciano desenvainó su espada, declarándose inexorable adversario de los discípulos de JESUCRISTO. Cayo hubo de retirarse de Roma, pues no era prudente expusiera su vida dejando sin jefe al ejército del Señor en lo más rudo de la pelea. La silla se salvó.

Pedro se llamó Marcelino.

Cuando Marcelino se sentó en la silla de Pedro, que ya se podía llamar también la *silla de los mártires*, Diocleciano había expedido un edicto por el que se disponía que todas las iglesias cristianas fuesen arrasadas y quemadas todas las escrituras; que la profesión de cristiano era incompatible con toda dignidad; que el conservar la fe sería un crimen ante el código penal del imperio; que el imperio reconocía toda acción empleada contra un cristiano, al paso que declaraba nula la acción de cualquier cristiano, ni aun dirigida para obtener justicia; que los esclavos emancipados volvían de derecho á ser esclavos si se hacían cristianos. ¡Qué tempestad! Sin embargo ¡qué victoria! Marcelino murió dejando vivo el centro de la unidad.

Pedro se llamó Marcelo. El nuevo Papa fue desterrado por Majencio, y murió fuera de la santa ciudad, teniendo la dicha de ver imperturbable aun la roca pontificia, y de haber defendido y salvado contra Heraclio el orden y la disciplina en la Iglesia.

Pedro se llamó Eusebio. Apenas llegó á sentarse en la cátedra, que ya era un caldoso permanente. Majencio, que aun gobernaba, le arrojó lejos de su rebaño; pereciendo mártir de angustia al verse imposibilitado de ser más provechoso á la Iglesia.

Pedro se llamó Melquiades. La derrota de Majencio y el triunfo de Constantino serenaron la atmósfera material; la hija del cielo concibió la esperanza de poder res-